

La importancia histórica del cristianismo.

El cristianismo produce efectivamente un corte de la historia humana, que hasta hoy marca decisivamente a la sociedad occidental. Este corte nace de su origen, que es la afirmación de la vida a través del no al matar. De eso nace el no al sacrificio humana, que implica el no al sacrificio de la naturaleza externa al ser humano también.

No es la primera vez en la historia humana que este no al sacrificio aparece. Está profundamente arraigado en las culturas orientales, donde especialmente el Budismo lo ha llevado a ser la raíz de una cultura humana grandiosa. Apareció inclusive en la cultura azteca, pero desapareció con la aniquilación de esta cultura por la conquista cristiana.

Sin embargo, este no-sacrificio cristiano tiene una especialidad, que le ha permitido la constitución del occidente. Es la orientación del no-sacrificio hacia la transformación activa de todas las relaciones humanas y de la sociedad humana hacia una convivencia que afirma la vida humana sin pasar por sacrificios humanos. Eso hace una gran diferencia con el Budismo, que busca la solución en la salida del mundo. Este Budismo es profundamente corporal. No es la corporeidad que sea enemigo, sino el hecho del Karma, que atraviesa esta corporeidad y frente al cual sólo la salida es eficaz. Su punto de partida es la interioridad de la propia vida corporal y no hay otra cultura que haya desarrollado el conocimiento práctico de esta interioridad como aquella.

En el pensamiento griego aparece más bien el dualismo alma-cuerpo, frente al cual se busca la liberación del alma liberándose ella del cuerpo. Abandonando al cuerpo el alma se libera. Eso corresponde al pensamiento conceptual abstracto, pero no puede producir ninguna crítica de la sacrificialidad. Una liberación que incluya el propio cuerpo no es pensable. Lo corporal no es ámbito de derechos. El cuerpo puede tener belleza, pero no es asunto de la justicia. En lo corporal hay una gran libertad de actuar, pero no por valorarla, sino por no considerarla ámbito de liberación. Es un ámbito de licitud.

El cristianismo tiene por su tradición judía una corporeidad que es ámbito de la justicia. En cuanto sale de la religión judía y se constituye como religión universal, desarrolla también un pensamiento de no-sacrificialidad universal. Ya no debe haber ningún sacrificio y se afirma la vida a través del no al matar. Desarrolla la imaginación de una humanidad más allá de todos los sacrificios humanos y otros y lo hace con la figura del reino de Dios. Este reino de Dios no está en el "más allá", sino es reivindicación en el más acá. Es transformación de la humanidad como reino de Dios. Este reino de Dios está ya, pero es reprimido. Es una transcendentalidad interior al mundo.

El cristianismo surge como una posición de no-sacrificialidad en función de la transformación de este mundo. En las comunidades cristianas se trata de una transformación inmediata - pretenden vivir como comunidad este reino de Dios -, pero su realización universal la esperan de la segunda venida de Cristo.

Este cristianismo es sumamente pacífico. La transformación la busca por conversión de la población del Imperio. A pesar de su orientación hacia la transformación de este mundo, tiene muchos parecidos con el Budismo, también con el taoísmo.

Sin embargo, se transforma muy pronto en la religión más agresiva de la historia, que sigue siendo el punto de partida de la sociedad de la modernidad, que es la sociedad más agresiva de la historia. Aparece una agresividad transcendentalizada.

El núcleo de esta transformación del propio cristianismo está precisamente en su no-sacrificialidad. Ella es transformada en anti-sacrificialidad. Como tal puede ahora cometer el asesinato como imperativo categórico. La no-sacrificialidad - un mundo sin sacrificios - es transformada en meta de la propia agresividad humana. Por tanto aparece la persecución de aquellos que siguen cometiendo sacrificios humanos. La conversión pacífica es sustituida por la conversión militante. Pero en la conversión militante sigue siendo el núcleo el proyecto de relaciones humanas sin sacrificialidad. Sin embargo, es ahora transformada en móvil de la persecución de todos los no-cristianos como sacrificadores de la vida humana, cuya derrota violenta es condición necesaria para asegurar la paz de relaciones sin sacrificialidad.

Este es el cristianismo en cuyo nombre se hace historia. Es el cristianismo asumido y promovido por el propio imperio que adquiere por esta asunción del cristianismo una fuente de poder completamente nueva y hasta entonces única en la historia humana. Un indicio claro de esta transformación del cristianismo es el surgimiento del antisemitismo a partir del siglo IV. Es la otra cara del imperio cristiano. Los judíos son los primeros que se va a asesinar para que nunca más haya ningún asesinato.

La justificación es mítica y perversa: si los judíos hubieran aceptado a Cristo como su Mesías, el reino de Dios ya se habría realizado en toda la tierra. Por culpa de ellos no se realizó. Por tanto, el hecho de que vivimos en una sociedad contraria al reino de Dios, es culpa de ellos. Sin embargo, es un antisemitismo de conversión. Hace falta convertir a los judíos al cristianismo, porque el reino de Dios viene solamente después de efectuarse esta conversión. El antisemitismo persigue esta conversión con sangre y fuego.

Este anti-sacrificialismo es un antiutopismo en nombre de la gran utopía. Ve todos sus enemigos como sacrificadores que persiguen utopías falsas, que hay que derrotar, para que venga la gran utopía de las relaciones humanas sin sacrificios. Toda matanza de esta manera adquiere sacralidad, es resultado de un imperativo categórico. es intervención humanitaria. Por el anti-sacrificialismo vuelven los sacrificios humanos sin ser percibidos ya como sacrificios, aunque tienen carácter sacral.

Como ideología del imperio es evidentemente muy superior a la ideología anterior del imperio romano. Es bien comprensible que el imperio asume este tipo de cristianismo y que lo fomenta. El anti-sacrificialismo es otro nombre del poder sin límites. Sin embargo, esta victoria del cristianismo es precisamente su derrota.

Instalado el imperio cristiano, la forma cristiana del antisacrificialismo pierde su necesidad. Es la escalera por la cual subió el occidente para poder botarla después. Aparece ahora este antisacrificialismo como ideología de los imperios liberales, sustituyendo la nosacrificialidad del reino de Dios por los DDHH. El mecanismo agresivo sigue funcionando y ahora con mayor velocidad. A partir de los imperios liberales se propaga hasta al imperio socialista. También el stalinismo es un gran antisacrificialismo bien occidental.

La no-sacrificialidad del origen del cristianismo por eso no desaparece. El propio cristianismo antisacrificial y ortodoxo la necesita para sostener su imagen utópica, sin la cual el imperativo categórico de matar tenga su móvil in vertido. Pero constantemente vuelve también en su reclamo de vigencia inmediata sin inversión. Muchas veces como herejía, pero siempre, aunque no sea declarado hereje, es visto desde el punto de vista del imperio y de la ortodoxia antisacrificial como sospechoso, inclusive "utópico" en su sentido negativo. El antisacrificialismo se entiende a sí mismo como realismo y su utopías como utopías realistas.

Este cristianismo antisacrificial no es anticorporal de por sí. No es platónico en este sentido. Es anticorporal solamente en el sentido de una corporeidad concreta que conlleva derechos a la vida. El cristianismo antisacrificial constituye como su referencia corporal una corporeidad abstracta, que es la corporeidad del homo faber y de la cual no se derivan derechos. Esta corporeidad está desarrollada recién al final de la Edad Media y asumida con todo rigor, aunque en forma secularizada, por el pensamiento de la modernidad. Es corporeidad a disposición sin límites del homo faber. Constituye el mundo como un mundo sometido ilimitadamente al cálculo del éxito.

Este cristianismo sacrificial es la raíz del occidente. Transforma el pensamiento greco-romano de una manera tal, que puede ser integrado en el nuevo tipo de imperio que surge.

La pregunta por la verdad del cristianismo se hace urgente. No puede ser la verdad como el fundamentalismo cristiano lo sostiene en todas sus facetas. Ha ganado, pero la victoria no es criterio de verdad. Por otro lado, al ganar como cristianismo antisacrificial, sobra. No por victoria puede reclamar la verdad como victoria.

Como cristianismo antisacrificial está hoy en forma secularizada sosteniendo la estrategia de globalización y tira bombas sobre Bagdad y Belgrado considerándolas como intervención humanitaria. Hay una línea directa.

Pero en cuanto cristianismo no-sacrificial vuelve a tener una nueva actualidad. Pero no es la actualidad de la verdad única. Como no-sacrificial es parte de una herencia humana universal, desde el Oriente hasta los aztecas. Pero lo tiene en términos de una especificidad, es decir, como proyecto de sociedad. Hoy solamente en estos términos la no-sacrificialidad puede volver. Pero también tiene que volver, porque sin eso el occidente va a la catástrofe de la humanidad.

Pero vuelve en términos secularizados, no como no-sacrificialidad cristiana, aunque vuelva también en el cristianismo. Hoy es un proyecto ecuménico, que incluye no solamente todas las religiones, sino el ateísmo también. Vuelve secularizado, para ser asumido muchas veces en términos religiosos. Históricamente esta no-sacrificialidad surgió por el cristianismo, pero hoy dejó de ser una especificidad cristiana. Menos es propiedad privada de algún cristianismo, como piensan inclusive los nuevos fundamentalistas católicos (Dominus Iesus). La vivencia de la estrategia de globalización hace ver hoy, que se necesita esta respuesta y lo hace ver desde los más variados ángulos culturales, religiosos y humanistas. Es algo que pertenece a la humanidad y no a algún grupo, que ha tenido primeramente este enfoque para perderlo después y también recuperarlo hoy. Y no hay duda que en esta recuperación hoy juega un papel clave precisamente la espiritualidad oriental.

Sin embargo, esta no-sacrificialidad - la afirmación de la vida a través del no al matar - tiene hoy una dimensión completamente nueva, frente a la cual todas las antiguas posturas de no-sacrificialidad no dan respuesta alguna. Esta dimensión está en el hecho de que se enfrenta hoy a los esquemas anti-sacrificiales. Ninguna postura no-sacrificial anterior ha enfrentado eso y tampoco pudo haberlo enfrentado.

El cristianismo antisacrificial con sus secularizaciones ha creado un mundo, que puede sobrevivir únicamente, si logra desarrollar un proyecto de sociedad no-sacrificial. Pero ambos proyectos cada vez más contradictorios tienen hoy una expresión universal y secularizada. Que vuelvan a ser integradas también por las religiones actuales, no las puede volver a transformar en proyectos religiosos. Hoy la misma realidad los hace surgir y la razón humana descubre su necesidad.